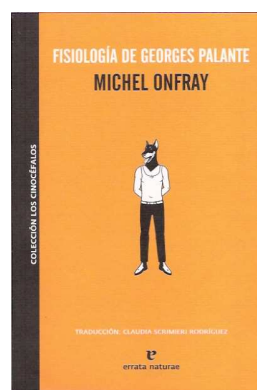


Fisiología de Georges Palante **Michel Onfray, Madrid, Errata Naturae, 2009**

¿Qué puede llevar a alguien a escribir un ensayo sobre un pensador de segunda fila, olvidado, fracasado y misántropo, que no aportó gran cosa al avance del pensamiento y cuya vida tampoco fue ejemplar?



Si queremos dar una respuesta sofisticada a esta pregunta podríamos pensar que detrás de este esfuerzo está el empeño de convertir en historiable lo que no resalta por sí mismo. Siempre he sido de la opinión de que debiera escribirse una historia de la humanidad en la que lo cotidiano, incluso lo vulgar, fuesen los protagonistas y en la que se obviarán los grandes hitos y las figuras señeras, y que esa historia formada por medianías y vulgaridades ofrecería un punto de utilidad al lector. Esta tarea aún no ha sido emprendida por nadie, quizá por la sospecha de que su confección podría resultar tediosa e insoportable, o porque pudiera ser que Marco Aurelio tuviera razón cuando afirmaba en una de sus meditaciones que sólo se olvida a los que en algún momento alcanzaron la celebridad. No obstante, dificultades al margen, ahí queda el reto de abordar la escritura de una historia alternativa protagonizada por segundones, hidalguillos e infanzones de cartón piedra.

¿Quién fue Georges Palante? Onfray nos pinta un dibujo un tanto morboso del personaje. Tenemos ante nosotros a un profesor solitario que padece una enfermedad que lo hace repulsivo ante los demás. Que reflexiona sobre la sociología al margen de la academia (su proyecto de tesis doctoral fue rechazado por la Sorbona de manera inapelable.) Que se opone a la gran autoridad de la sociología del momento, Émile Durkheim. Que introduce el pensamiento de Nietzsche y de Freud en Francia, que admira a Schopenhauer y que defiende un modo muy particular de anarquismo y de socialismo, al estilo de Proudhon. Pero Georges Palante, a pesar de aspirar al conocimiento sociológico, es torpe ante sus semejantes y se muestra incapaz de culminar sus pensamientos y sus obras. En pocas palabras, un inadaptado con ínfulas de sociólogo. En lo personal es, además, un alcohólico aficionado a los burdeles y un misántropo poco apegado a los hábitos higiénicos a los que nos obligan el decoro y la vida en sociedad. La vida de Palante termina de manera brutal. El cinco de agosto de 1925, a los 63 años de edad, se suicida disparándose un tiro en la boca ante el espejo de su habitación. Triste final a tono con una vida pesarosa e infeliz. En su obra Onfray nos traza, pues, los rasgos de un marginal con talento y, sobre todo, los de un fracasado que fue incapaz de soportar el peso de la existencia.

Palante tuvo que vivir en un cuerpo deformado por una dolencia extraña y maldita a la vez, la acromegalia: "... *sufrió ese trágico desarreglo hormonal que alargó todas sus extremidades y transformó su apariencia en un monstruo jorobado de andares simiescos*" nos recuerda Onfray. La fisiología conspiró contra él. Pero, y esto es lo relevante del caso, no luchó contra la adversidad de un cuerpo grotesco y de una existencia desgraciada; más bien hizo lo posible para convertir el fracaso en la razón de su vida. Creo que esta actitud es la que hace atractiva la figura de Palante, independientemente de lo que pensara o escribiera sobre asuntos sociológicos o filosóficos. Para Onfray, la figura de Palante corrobora una tesis nietzscheana muy de su gusto: el pensamiento filosófico está muy ligado a las características fisiológicas del que lo produce. Podría decirse, con afán de síntesis, que a tal cuerpo le corresponde tal pensamiento, o que a tal fisiología tal filosofía. Si el cuerpo de Nietzsche con todos sus desarreglos produjo el

nietzscheanismo, la fisiología de Palante, por lo demás equivalente a la de Nietzsche en algunos aspectos, acogió como un guante hecho a medida algunos de los principios del nietzscheanismo.

La originalidad intelectual de Palante consistió en intentar aplicar ciertos rasgos del nietzscheanismo a una ciencia nueva, la sociología. Pero Palante tuvo la mala fortuna de ser coetáneo de dos gigantes de la nueva ciencia, Émile Durkheim, padre de la sociología moderna, y Gabriel Tarde, fundador de la psicología social, a los que nunca superó ni en méritos ni en habilidades sociales, por mucho que algunos de sus puntos de vista merecieran una suerte mejor. La originalidad de su pensamiento, malograda por unas circunstancias adversas y por una voluntad débil, no fue lo suficientemente poderosa como para franquearle el paso a puestos académicos más influyentes. Palante languideció en una oscura provincia francesa y sus manuscritos, papeles, notas y diarios acabaron en la hoguera tras su suicidio. Sobre sociología sólo se conservan tres de sus obras, *Elementos de Sociología* (1901), *El combate por el individuo* (1904) y *La sensibilidad individualista* (1909), a lo que se unen sus numerosas colaboraciones en el *Mercurio de Francia*, revista en la que se dedicó especialmente a reseñar obras ajenas, unas 350, muchas de ellas hoy ya olvidadas y otras, las menos, clásicos inmortales. Ninguna de sus obras ha despertado el interés de la comunidad científica de modo que, al menos hasta hoy, no son más que pálidos espectros de una inteligencia malograda.

George Palante fue un individualista enemigo de todo gregarismo, que nunca abandonó el convencimiento de que entre el individuo y la sociedad hay antinomias que no se pueden resolver. En la sociedad capitalista esas contradicciones son, según su opinión, de tres tipos: entre el burgués propietario y el obrero asalariado, entre la propiedad privada de los medios de producción y los intereses de los que sólo poseen su fuerza de trabajo y entre el capitalismo y el socialismo. Además cultivó un pesimismo individualista contrario al optimismo, sentimiento que consideraba propio de débiles. Resultó ser también un antimarxista de izquierdas porque mostró preocupación por los pobres pero considerando que el economicismo marxista era una reduccionismo intolerable, y que el culto a la colectividad bajo cualquiera de sus formas (masa, clase, casta, sindicato, partido o Estado) era un disparate. Palante solía decir que el socialismo debía luchar contra las desigualdades sociales y que respecto a las desigualdades personales lo mejor era respetarlas porque en ellas se fundan la individualidad y la diversidad. Finalmente, conjugó la misoginia con el apego a la democracia porque, al contrario que los resentidos que se creen superiores, no cometió el error de despreciar a los hombres.

Georges Palante, el malogrado, el fracasado, no sólo se enfrentó a dificultades de naturaleza personal o física. Coincidió con dos luminarias de la sociología que, por otra parte, supieron alcanzar el éxito y el reconocimiento social en la Francia de la época: Émile Durkheim y Gabriel Tarde.

Durkheim, el fundador de la sociología académica, acuñó conceptos como *conciencia colectiva*, *representación colectiva* y *hecho social* que abrieron el camino a la consideración de la sociología como una ciencia independiente y no subordinada a la psicología o a cualquier otra disciplina social o filosófica. Además, precisó que la sociedad no es igual que la suma de los individuos y combatió el individualismo metodológico por considerarlo erróneo como método de estudio científico de la sociedad. Por otra parte, Durkheim se afanó en convertir la sociología en una ciencia con un método propio de investigación, del que derivar un conjunto de conceptos especializados capaces de fijar un objeto singular de conocimiento sobre el cual, finalmente, pudieran deducirse leyes verificables. Durkheim nos legó textos clásicos de la sociología que a pesar del tiempo transcurrido desde su elaboración siguen siendo referentes en la actualidad. *La división del trabajo social* (1893), *Las reglas del método sociológico* (1895), *El suicidio* (1897) o

Las formas elementales de la vida religiosa (1912) son obras que no pueden faltar en cualquier antología del pensamiento sociológico.

Y qué decir de Gabriel Tarde. Juez de instrucción y criminólogo contrario a las tesis de Lombroso. La investigación criminológica le condujo a la sociología y de ahí, gracias a un trabajo muy sistemático, a la Presidencia de la Sociedad Internacional de Criminología, a la Escuela de Ciencias Políticas, a la Escuela de Ciencias Sociales y al muy prestigioso Colegio de Francia. Sus estudios le llevaron a fundar la psicología social y a crear conceptos y principios teóricos nuevos como los de *invención, imitación, oposición, creencias* y *deseos* como determinantes para explicar el funcionamiento de cualquier sociedad. Se opuso a la economía neoclásica por entender que detrás del comportamiento económico aparentemente dirigido por las reglas del mercado había mecanismos psicológicos profundos pero realmente determinantes. Y también se enfrentó a Durkheim porque entendía que una sociología que dejara al margen la psicología era, además de un absurdo, un imposible. Sus contribuciones sobre el estudio de las masas aún siguen siendo un clásico y su tesis de que la era moderna no es la del ascenso de las masas sino la de los públicos le enfrentó al reaccionario Gustave Le Bon. Nos legó, al igual que Durkheim, obras que no pueden faltar en ninguna biblioteca sociológica como *Las leyes de la imitación* (1890), *La Lógica Social* (1893) y *La opinión y la masa* (1901).

La crítica de Palante a Durkheim se coloca en una línea distinta a la de Gabriel Tarde. A pesar de que los dos lo consideran un metafísico autoritario interesado en ensalzar la autoridad social en detrimento de la autonomía y de la libertad del individuo, la crítica de Tarde es académica y sistemática, mientras que la de Palante es la de un inadaptado social con rasgos anarquistas.

Para concluir diremos algo del trabajo del editor. Es un bonito detalle que aparezca el nombre de la traductora en la portada del libro, Claudia Scrimieri Rodríguez. Nos encontramos ante una traducción cuidada aunque enturbiada por alguna errata inoportuna. Presentación sobria y elegante, sin estridencias ni subordinaciones a modas efímeras que son hijas del aburrimiento y de la improvisación. Un papel de calidad y agradable al tacto, unos tipos muy claros y un olor a tinta que recuerda a los viejos libros escolares, esos que sabías que te iban a durar toda una vida. Y, sobre todo, un original tema de ensayo en el que se nos descubre a un oscuro pensador francés de segunda fila, Georges Palante, que no destacó por sus aportaciones a la filosofía y a la sociología pero que a Michel Onfray, el autor, le sirve de ejemplo para indagar sobre la conexión especial que existe entre el pensamiento y el cuerpo, entre la fisiología y las ideas, así como para recrear el mundo intelectual de la Francia de finales del siglo XIX en la que bullían ideologías como el conservadurismo, el antisemitismo, el radicalismo y el socialismo, y en la que el caso Dreyfus sacó a la luz los demonios de un tiempo convulso.

Pero como nos gusta ser puntillosos criticaremos algo de esta edición: por qué no aparece en la portada del libro el título completo de la obra, tal y como hacen las ediciones francesas en Grasset y en Le Livre de Poche. Recordémoslo. La obra se titula *Fisiología de Georges Palante: por un nietzscheanismo de izquierdas*. En la portada de la edición española desaparecen la alusión al nietzscheanismo y a la izquierda. ¿Guiño comercial? ¿Autocensura? Que otros sean los que contesten a esta pregunta.

Emilio Alvarado Pérez